

CON ZO BRINVIYER

Vislumbrar la belleza (a pesar de todo)

Ángela Monleón

*¿De dónde nace *El tiempo de la sed*?*

Nace del deseo de expresar cómo me duele el mundo y, a la vez, de encontrar y rescatar la belleza que hay en la herida. Volqué algo muy íntimo a través de los personajes, lo que no me atrevería a decir en primera persona.

La escribí, como se dice, “a pie de escena”. Fue un momento de mucha exploración y riesgo. En este proceso encontré las claves del teatro que me mueve y me atraviesa. Y de la escritura que busco desde entonces. El laboratorio con las dos bailarinas que interpretaron a Renata y Olivia (Luz Arcas y Nazaret Laso) fue largo, ambicioso, precario, físico y muy apasionado. Ahora sería impensable hacer algo así.

Creo que ambas cosas, el deseo y el proceso, se reflejan en la rudeza del texto.

De hecho, la violencia que testimonias es difícil de soportar... La guerra, una guerra. Pienso que en algún país de África. Las niñas, las mujeres. Cuéntanos más sobre el proceso de creación del texto, aquí a estos europeos que van a leer tu obra en Primer Acto.

Si existe la guerra es porque la llevamos dentro. Y qué hacemos con ella, es una de las preguntas que lanza el texto. Otra sería: por qué unos sobreviven y otros no.

Los personajes son dos niñas. Ambas han sido usadas y desechadas. Renata es una niña soldado que no puede dejar de serlo. Su arma es la que da sentido a su existencia. Para ella estuve documentándome sobre la captación de niños soldado, su adoctrinamiento y entrenamiento y qué pasa después con ellos.

Olivia es una niña que ha sido violada y lo ha perdido todo. Pero ella se aferra a un libro. Aunque Renata se lo desbarate. Olivia es la que se salva a través de la palabra.

Para este personaje no necesité investigar sino volcarme a través de ella y abrir bien los ojos para mirar a Renata con asombro, fascinación.

En el texto no se nombra África. Como dices, se nombra a los europeos. Y a Europa. Sentí que yo no podía hablar directamente de África o de la frontera a la que se hace alusión. Pero sí de los europeos. Y de los hombres blancos. Necesité darle la vuelta y centrarme en dirigir el discurso hacia aquí, en cómo hacemos las cosas y qué consecuencias tienen en el resto del mundo. Las niñas nos lanzan preguntas todo el rato.

Quise que no hubiera espacios grises en el texto, que las palabras fuesen balas y que las escenas fuesen directas al meollo sin entretenernos por el camino. Quise que, de alguna manera, el texto fuese guerrillero. Y lo que dices, que es una violencia difícil de soportar... es parte de esa búsqueda del límite del propio texto.

Qué mujer no se ha sentido usada en algún momento. Qué mujer no ha necesitado entrenarse para vivir en un mundo de hombres blancos.

Quería que los ejercicios que hacen Renata y Olivia fuesen un reflejo del nuestro. Y expresar que, sin embargo, lo que nos salva no es endurarnos ni estar preparadas. Lo que nos salva es amar. Seguir siendo capaces de amar.

Capaces de amar y... de escribir, como Olivia que “nunca aprendió inglés, pero aprendió a escribir, y durante el resto de su vida escribió deteniendo el tiempo, escribió la misma historia una y otra vez...”. Y ¿a ti?, ¿de qué te salva la escritura?

Es que la escritura, como el amor, nos ofrece la oportunidad de conocernos y expandirnos, transformarnos. Y a la vez, ser quien somos. Más que nunca.

Escribir me salva de no sentir, no entender, no ser. La palabra tiene esa capacidad creadora.

Cuando nombramos algo, lo hacemos aparecer. Esto es algo que sigo explorando y comprobando.

¿Vivir=escribir?

No, pero cuando escribo amplifico la vida. Así que diría “escribir = vivir +”.

Algo así como enchufar la vida y sentirla con más volumen, más color, más sutileza, más profundidad, más conciencia. Esto es algo que también veo en los talleres de escritura con jóvenes, hay un “darse cuenta” que sólo ocurre al escribir. Es mágico.

Y al teatro, ¿cómo ¿cómo llegas al teatro?

Al teatro llego con el cuerpo. El teatro que más me interesa, y que más me llega, es muy físico. Creo que es muy rico trabajar la palabra desde ahí. Cuando la palabra se dice, se respira, se mueve, se encarna, tiembla y hace temblar. No entiendo el teatro sin el cuerpo.

La escritura pueda quedar, pero el cuerpo no. Y el teatro, como el cuerpo, pertenece al mundo de lo efímero, lo fugaz, lo real... Por eso es lógico, para mi, que la dramaturgia se abra y se conecte a la danza, la música, el deporte... ¡la vida!

Y por eso busco una palabra que sea inflamable, que pueda arder en escena, para que podamos reunirnos alrededor de la hoguera. Contemplar la belleza de lo que estalla, quema y se reduce a cenizas en cuanto se acaba la obra. Y que asistir a esa transformación, nos transforme. Asistir es acudir, estar presente, contemplar y también servir.

En realidad, ir al teatro es vivenciar lo que cobra vida y lo que muere. Y hacerlo, hacer teatro, tiene que ver con servir.

En ese camino, ¿cuáles han sido, son, tus guías, tus referentes...?

Uy, no sé ni por dónde empezar. Una se da cuenta de que pasa el tiempo cuando van cambiando sus referentes. Ahora mismo estoy enloquecida con toda la tradición del spoken word y el jazz poetry. Yo misma ando explorando ese diálogo entre palabra y música



El boxeo, fuente de inspiración

y colaborando con músicos... y por el camino estoy descubriendo a poetas increíbles, muy potentes, como Langston Hugues o Amiri Baraka. Y más reciente, Kae Tempest, que combina rap, dramaturgia y poesía.

Me fascina la libertad y la presencia en el jazz, cómo los músicos se ponen al servicio de la música, que es de lo que hablábamos antes. Hay algo en esa actitud, casi devocional, que me emociona a un nivel profundo, espiritual, catártico. Sin duda, es lo que más me nutre en los últimos años.

Antes de la fiebre del jazz, mis referentes siempre han sido artistas que trabajan con el sentido de la vulnerabilidad, que trabajan con su vergüenza y a pesar de ella y con el límite, como Jean Genet, Tom Spanbauer, Flannery O'Connor, Alejandra Pizarnik.

En un terreno más físico, me ha interesado la búsqueda de Kantor, Artaud, Kazuo Ono, Sankai Juku, Pina Bausch, Wim Vandekeybus. Y en su momento me lancé a experimentar en primera persona el entrenamiento de butoh, la danza contemporánea, el flamenco, pero sobre todo, el boxeo. Es de las cosas que más me han marcado en mi vida.

Y en cuanto a mis coetáneas aprecio especialmente las poéticas de María Velasco, Lola Blasco. Y Eusebio Calonge.

¿El boxeo?

¡Sí! El boxeo ha sido una fuente de inspiración para mí. Es lo más parecido a la tragedia griega que podamos tener hoy en día. Decía Aristóteles que "sin acción no puede haber tragedia" y el boxeo es acción pura. No hay tiempo para discursos. Lo que se representa en el ring es lo más cercano a la muerte. Y lo que se confirma es algo que ya sabemos: que sólo se puede vencer o ser vencido. El golpe lo sufre el boxeador mientras nosotros estamos seguros y protegidos en nuestra butaca. Sin embargo, vivimos una ligera conmoción, un instante de temor por la propia vida. Contemplamos el sufrimiento del otro pero experimentamos algo parecido a lo que Kant describe como una experiencia sublime: la valentía de enfrentarnos a algo superior que nos angustia, nos aterroriza, nos embriaga y seduce, la sensación de desafiar lo terrible desde la certeza de que no sucumbiremos, de que podemos sobrevivir. ¿Te imaginas vivir algo así en el teatro?

Claro que quién nos enamora es el boxeador que golpea, no el que es golpeado. Nos deleitamos con la energía del boxeador implacable y al que casi ni siquiera comprendemos. Ese boxeador es el cuerpo que el espectador no tiene, hace lo que no podemos hacer. Y es ese ser brutal quien nos hace vibrar y temblar de

miedo, placer, emoción y fascinación ante la belleza de aquello que sucede, casi imposible, como un sueño.

Igual que en una tragedia, el combate se articula de forma soterrada y sofisticada –aunque no lo parezca–, para producir una catarsis. Y es la técnica refinada de los boxeadores la que hila una narración sin palabras, más allá de las palabras, cargada del mismo misterio inexplicable que tiene lugar en una ceremonia teatral o religiosa.

En ningún otro deporte puede suceder tanto en tan poco tiempo y de forma tan irrevocable. Parece que cualquier cosa puede suceder en cualquier momento. Y cuanto más sorprendente sea una acción, más conmovedora. En cuestión de segundos un golpe en la mandíbula puede llevar a uno de los dos a la lona y acabarse todo. A veces incluso una carrera profesional. El tiempo es un elemento crucial y muy presente. Porque, como explica Joyce Carol Oates (en un libro sobre el tema que es una joyita), cuando un boxeador ha sido noqueado lo que significa poéticamente es que ha sido noqueado por el Tiempo. Mientras esté de pie, está dentro del Tiempo. Si continúa en la lona, está fuera del Tiempo (out of time).

Aquí hoy otro tema que siempre me ha interesado, el entrenamiento, y que se refleja en *El tiempo de la sed*. El boxeador no sólo acepta el dolor sino que se prepara para ello, justo lo que el resto de seres humanos nos esforzamos tanto por hacer, huimos del dolor, tomamos pastillas para evitarlo, nos anestesiarnos, etc. Y el combate para el que se prepara de forma tan exhaustiva es, en realidad, con uno mismo. El otro contra quien pelea es su propia sombra. Es tan simbólico, directo y grandioso, ¿no?

¡Desde luego! Y como algunos boxeadores, el nombre con el que firmas tus textos es un seudónimo...

A lo mejor te parece “pensamiento mágico” pero, como te decía antes, creo que la palabra tiene una capacidad creadora. La forma en que nos nombramos y nombramos las cosas tiene un efecto y conforma nuestra experiencia de ellas.

A la hora de escribir yo necesito desprenderme de mi entorno, necesito entrar en otro territorio donde no haya tanto juicio. Y el nombre me ayudó a hacerlo.

Después mi seudónimo se convirtió en mi nombre. A pesar del revuelo familiar, yo sentí que me liberaba de una carga. No es fácil todo lo que supone porque el nombre expresa, entre otras cosas, nuestro lugar de origen y sentido de pertenencia. Pero es a veces ese lugar es conflictivo.

Hay personas que jamás se lo han planteado, pero yo desde muy pequeña siempre andaba cambiándome el nombre en mis juegos. Lo primero que decidía era cómo me iba a llamar, no bastaba con saber el rol (mamá o papá, policía o ladrón, indio o vaquero o caballo). Y tenía listas de nombres de todo tipo.

¿Por qué llamarte de una forma con la que no te identificas?

Cambiar de nombre es tomarme la libertad para ser quien soy y forjarme la vida con responsabilidad hacia ella. No es postureo. Creo que deberíamos poder llamarnos como queramos, vivir donde queramos y amar a quien queramos.

¿Te parece que invitemos ya a la lectura de *El tiempo de la sed*?

¡Claro! Un reconocido dramaturgo me dijo que *El tiempo de la sed* no es teatro, que es una sucesión de truculencias. Yo creo que un texto nunca es teatro en realidad. El teatro sucede en escena. Un texto es una propuesta. Y sé que este texto es una metralleta... pero espero que quien lo lea sienta la invitación a percibir lo que hay tras las palabras, lo que no se dice, lo que hay en el cuerpo de los personajes y las preguntas que podría plantear desde la escena.

Mi anhelo es que, en medio de “la truculencia” o de este panorama desolador que es nuestro mundo, pueda vislumbrarse la belleza y la esperanza. Merece la pena esta vida mientras haya alguien que ame, que crea, que escriba, que baile... a pesar de todo •